

EL GOLOSO DE RODAS

No, el título no está equivocado, puse el goloso de Rodas y no como ustedes quieren, El Coloso de Rodas. Qué manía con los lectores de querer modificar lo que uno escribe. Si no les gusta pónganse a escribir ustedes mismos aunque muy difícilmente lograrán hacerlo, ya no digamos bien sino regular. Yo no los voy a leer así que ni se preocupen en enviarme sus porquerías.

Vayamos con el Goloso de Rodas. El cuento se llama así pues voy a hablar de un personaje que tiene como vicio la gula y que nació en Rodas. Este sería un buen lugar para nacer si se vive en Argentina por que ellos pronuncian rodás y no rodas. Un goloso que rueda es muy apropiado ¿no lo creen ustedes? Por goloso rodás, pibe.

En México se pronuncia Rodas y ya no sirve para usarlo como declinación del verbo rodar. Suena más como a jodas o modas. Y sí, un ser goloso está jodido y ninguna moda la sirve.

Por otro lado a Nikos Taninkalós le hubiera dado mucho gusto saber que lo compararan con el Coloso de Roma, una de las siete maravillas. Diría, pues era muy presumido, que él así era, una de las siete maravillas. Todo, como se habrán fijado, lo escribo en pasado y es que el pobre de Nikos ya murió.

Ese día había desayunado sus tres huevos rancheros-ya se había adaptado a México en todo-, sus frijoles, sus tres bolillos, sus cinco tortillas con salsa verde, su plato de frutas, sus jugos de naranja, de melón y de Sandía. A su mujer le pidió chilaquiles de los que hizo el día anterior. Ella los calentó y se los sirvió. A las once de la mañana tuvo hambre y se fue a comer dos tortas cubanas con sus respectivos chescos. En la oficina, como todos los días, se comió dos bolsas de papas fritas, una de chetos y dos chocolates milky way que tanto le gustaban. Antes de comer, y como botana, pasó con sus amigos, yo entre ellos, a una cervecería donde daban caldo de camarón, tostadas y un sin número de pequeños bocadillos. Mientras comía todo esto nos contó lo de su desayuno y demás alimentos de ese día. Hago constar que solamente se tomó en la cantina tres chelas aunque sí se comió todo lo que le sirvieron a él y a sus compañeros. Contento nos invitó a comer. Nikos no sólo era goloso, también era rico. Escogió un restaurante de los que tienen bufete para poder repetir de lo que le gustara. Nikos tomó sopa de verduras y sopa de pasta, la de fideos, que le chiflaba; un gran plato de arroz

con plátano frito, mole rojo, una trucha, carne adobada, unas salchichas que no fueron de su gusto totalmente pero que se le hizo feo dejarlas, tres tortitas de papa, unos tacos, de los dorados; a los camarones no podía decirles que no y tampoco a las costillitas de puerco. Todo esto acompañado de tortillas con aguacate y chicharrón y sus respectivos refrescos y cervezas. De postre tomó de los tres pasteles que se exhibían, de la gelatina de colores, de la natilla y no podía faltar el helado. Café no quiso porque le quitaba el sueño. A la cena sólo lo acompañé yo. Buscó un restaurante típico donde le sirvieran arracheras, entomatadas, quesadillas de huitlacoche, frijoles refritos, arroz con leche de postre y, no podía faltar, su vaso de leche con biscochos.

Reconozco que he nombrado todo lo que comió ése su último día de vida. Pero no he contado cómo lo comía. Eso era todo un espectáculo. Le servían, por ejemplo el plato de mole. Lo veía, sonreía ampliamente. Se acercaba al plato para olerlo, lo hacía varias veces, su sonrisa entonces era más amplia. Después tomaba un trozo de tortilla, lo enredaba para hacer un taco pequeñito, lo metía en la salsa, lo llevaba a su cara, lo olía y después muy lentamente lo metía a la boca. No diré que le escurría la saliva pero sí estoy seguro que su boca ya estaba llena de ella al introducir el taquito. A continuación cortaba un pequeño trozo del pollo, se lo llevaba a la boca, lo masticaba muy lentamente y después, con un trago de cerveza lo pasaba. Y entre probada y probada, siempre ayudado por la cerveza y las tortillas, terminaba con el plato. Miento, no terminaba, faltaba la última parte. Tomaba otra tortilla y con ella limpiaba el plato para que no quedara ni una gota de la salsa. Por supuesto que después se comía esa tortilla. Y así con todos los platillos. Sus manos terminaban manchadas de distintas salsas, de grasas, de aguacate. Su boca, por fuera naturalmente, también. Y no sólo quedaba manchada su mano y su boca, sino también su ropa. Por supuesto que esto no le importaba en absoluto. Para limpiar la mano no usaba una servilleta, que es lo normal. No, él se la chupaba hasta que no quedara ningún residuo de comida en ella. La boca la limpiaba lo más que podía con la lengua. Algunas veces esto no era suficiente y entonces sí usaba la servilleta; prefería las de papel a las de tela.

¿De qué murió? Ya sé que todos ustedes van a responder que de una congestión por comer tanto. Alguno pensará que a la mejor vomitó y aspiró el vómito. Algún otro quizás llegue a pensar en que algún alimento estaba mal y que murió intoxicado.

Lamento decirles que nada de eso sucedió. El no murió por su vicio de la gula que sería la muerte natural en alguien como él. El murió por otro vicio. Ese es el de la envidia.

Sí, murió por la envidia, no de él, sino la mía. Ese es mi vicio. Además del vicio soy diabético y tengo prohibido comer casi todo. Ese día lo acompañé a comer y a cenar y la envidia que me causó hizo que lo matara. No es posible que un ser humano pueda comer tanto y con tanto gusto. Nomás de acordarme y ya me dan ganas de irlo a matar de nueva cuenta.

Esta historia la escribo desde la cárcel. Escribo para no ver a mi compañero de celda que también es goloso y se está comiendo un gran plato de tacos que le consiguió el celador...

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006